



Escritora:
Ana María Herrera
(Lima, 1955)



FOTO DE ANA MARÍA HERRERA.

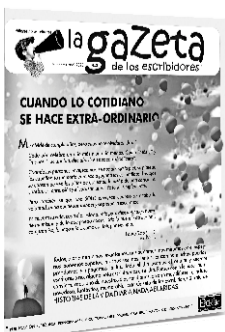
Todos podemos traspasar esa puerta

La puerta estaba cerrada. Debajo de la pintura resquebrajada de los altos muros se apreciaban los diferentes colores que lucieron en el transcurso de los años. Su estilo neoclásico se detuvo en el tiempo. Los barrotes oxidados custodiaban la sombría existencia de sus moradores. Continué haciendo fotos buscando captar las imágenes de un tiempo perdido.

La brisa helada retorció aún más la masiva y descuidada vegetación que la rodeaba. La corriente entreabrió la puerta invitándome a caer en la tentación de traspasarla. ¿Qué oscuros secretos se guardarán dentro de esos muros? ¿Qué mundos insospechados habitarán en su interior? El miedo a ser descubierta me impidió pasar. Me quedé examinando la puerta. Dentro, en la oscuridad se percibía una atmosfera densa, pesada, asfixiante que contrastaba con la frescura del exterior. Sentí un ruido seco. Una figura que venía de adentro se precipitó a la puerta. La pequeña figura asexual, de piel grisácea con cabello corto que parecía hombre se volvió hacia mí, atravesándome con los ojos. Al mirarla con atención me percaté que se trataba de una mujer. La saludé con amabilidad y sin responderme se aferró a los barrotes. Durante unos segundos encaró el mundo y su resplandor. Gabriel, Gabriel... ¡Gabriel! Exclamó con una voz al fin libre.

El silencio fue interrumpido por el chirriar de los carros de metal que arrastraban los empleados de cocina de un pabellón a otro. Sobrecogida me refugié detrás de la cámara, sentí que no tenía derecho de hacerle una foto. Sin inmutarse y con voz cavernosa susurró desde el fondo de su mundo de tinieblas: ¡Gabriel, en la iglesia no está Dios! Y desapareció entre las sombras del lúgubre recinto.

Atardecía en el hospital, caminé con aparente decisión, seguí con mi trabajo aprovechando la poca luz que restaba. Allí quedaron los árboles con sus ramas retorcidas, alineadas a lo largo de la pared y las ventanas clausuradas con rústicas maderas apolilladas resguardando la desesperanza, el tormento y la más profunda soledad del Pabellón N°2 de Mujeres.



Historia publicada en el "la gazeta de los escritores", Tercer número, abril 2021.

Escribe
TALLER CREATIVO
ESCRIBIDORES

Milagros Salas Ochoa